

dictinos, con tal éxito, que los monjes decían que llegaría á ser un sabio. Yo, no obstante, le encontraba siempre el mismo; y cuando iba á vernos al pueblo, pues mi padre decía que entre él y nosotros mediaba algún parentesco, yo me preguntaba si era posible que aquella pobre criatura supiera distinguir su mano derecha de su mano izquierda.

Al pie del convento se levanta la aldea de San Vicente, y en la aldea de San Vicente vivía entonces Marión, la pastora de ovejas. ¿No te acuerdas tú de Marión, Amapola?

Este contestó relamiéndose los labios:

—Marión, la de los negros cabellos y la de la tez más blanca y más tersa que la de una noble señorita...

—¡Marión—prosiguió la mesonera,—que era tan hermosa y que tanto se asemejaba á la duquesa Isabel!

—En cuanto á eso—interrumpió el tío Amapola,—nadie mejor que yo puede decirlo; yo que las he visto á entrambas una al lado de otra, cuando la pequeña Marión iba á llevar flores al castillo. Habría-se dicho que eran dos hermanas.

—¡Por vida mía!—añadió la buena mujer,—que si se hubiera dicho que una de las dos era más fea que la otra, nadie habría considerado que lo fuera la pobre pastora. Oíd ahora lo bueno del caso. Andrés ó Andeol vagaba á veces por los campos con un libro viejo en la mano para estudiar ó rezar. Ya entonces se le atribuía la ilusión de hacer oro con los canalones del convento. En esos paseos por los campos encontró á Marión, y ésta, que hasta entonces cantaba siempre, se volvió triste y pensativa.

—Apuesto cualquier cosa—prorrumpió Marmarón—á que la fascinó valiéndose de malas artes.

—No se sabe—replicó con prontitud la Amapo-

la.—Lo cierto es que Marión le amaba con toda su alma.

—Vamos, os estáis chantageando—gritaron á un tiempo dos ó tres voces incrédulas; mientras que Cathos, la mocita de la posada, añadía:

—¡Es posible!

La Amapola prosiguió sin incomodarse:

—Por cierto que yo os he dicho lo que sé: Marión le amaba. Ahora debo añadir que en la época de que os hablo Andrés no era el mismo de ahora. Cuando la miraba parecía que se asomaba á sus ojos entera toda su alma..., y su alma es bella como su corazón. En aquellos momentos Pacífico llegaba á ser hermoso.

La concurrencia, toda entera, soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Soberbio, encantador!—gritaron todos oprimiéndose los costados para que la risa no les ocasionara algún accidente.—¡Hermoso, con su cara de más de una toesa y sus cabellos como cerdas, que caen á manera de madejas de bramantes sobre aquellas descarnadas mejillas!

La Amapola lanzó á los circunstantes una mirada de enojo, y arrugando el entrecejo volvió á decir con gravedad:

—Os repito que era hermoso, y si no lo queréis creer, ¡idos á la porra!... Las cosas fueron tan adelante, que un día al anochecer Andeol y Marión fueron á la montaña, en donde un venerable ermitaño les echó la bendición nupcial. Ved aquí por qué razón el hermano Pacífico no ha sido monje.

Casi al mismo tiempo, el duque de Nemours, nuestro señor, se casó también con la duquesa Isabel de Armagnac. ¡Qué espléndidas fiestas se celebraron con ese motivo! Dudo mucho que las bodas de los reyes se celebren con mayor magnificencia. Andeol

y Marión regresaron tan llenos de felicidad, que sólo el verlos alegraba el corazón.

Fijaos en una circunstancia digna de tenerse presente: la duquesa Isabel protegía decididamente á la pobre Marión, ya por la semejanza que entre las dos existía, ya también porque la duquesa es una buena cristiana, dotada de un corazón generoso y digno. Marión tuvo dos hijos gemelos, dos monadas, más bonitos que los ángeles.

—¿Se parecían á su papá?—iba á decir con zumba el correo Nicolás; pero la mesonera le tapó la boca con un gesto tan enérgico, que el correo permaneció silencioso y encogido.

—¡Ya se acabó la chacotal—dijo aquélla secamente.—Los que tengan corazón llorarán muy pronto. El mismo día, y según se dice á la misma hora también, la duquesa dió á luz á nuestro futuro señor el duque Juan; por esto los enemigos de la casa de Armagnac han tratado de hacer creer que hubo una mixtificación ó cambio de niños en el acto del alumbramiento de nuestra señora. Marión había tenido un hijo y una hija, y la duquesa un varón; pero los traidores propalaron la voz de que la mujer de Pacífico había traído al mundo dos niños del mismo sexo, en tanto que la esposa de Jaime de Armagnac había dado á luz una niña. Añadían que se había hecho una fraudulenta y criminal suplantación en las cunas de los recién nacidos, y éste fué el primer golpe asestado á los Armagnac... Pero vosotros conocéis ya de sobra la historia de nuestros amos, y es sólo la historia del hermano Pacífico la que os estoy contando.

Al cabo de un año desaparecieron los lindos colores que tanto animaban el rostro de Marión, y sus mejillas se volvieron pálidas y demacradas. Veásela pasar con la cabeza inclinada sobre el pecho, y muchas gentes piadosas decían: «He ahí lo que

sucede siempre: tarde ó temprano son desgraciados los que se desposan con los prometidos del Señor».

Todo el mundo recordaba que el hermano Pacífico había estado en el convento.

¡Ay! Era, sin embargo, muy buena y virtuosa la pobrecita pastora Marión. Murió en una tarde de verano, con las manos cruzadas sobre su pecho, rogando á Dios que hiciera felices á sus dos pobres hijos y á su padre.

Los vecinos de Mirande fueron todos á contemplar su cadáver, tendido sobre un lecho de hojas secas; estaba blanca como un cándido lirio, y sus ojos parecían cerrados por las dulzuras de un sueño apacible.

Andeol estaba junto á la cama, sin ver ni hablar á nadie; la cabeza la tenía baja y sin movimiento; sus largos cabellos se arremolinaban delante de su rostro, á manera de un velo de dolor y de luto. Los monjes de San Benito le dieron un ataúd por caridad; y cuando el hermano Pacífico les oyó entonar el *Libera* á la puerta de la cabaña, apretó con sus manos su pecho desfallecido é intentó levantarse, pero no pudo.

Los monjes entraron y encerraron dentro del ataúd el hermoso cuerpo de la pobre Marión. Pacífico no se movió; era como de piedra; solamente cuando empezaron á clavar la caja, cada martillazo parecía que hundía los clavos en su corazón, en lugar de entrar en la madera.

Los dos niños lloraban en su cuna, pero Pacífico no los oía. Los monjes levantaron el cuerpo cantando las salmodias funerarias, y Pacífico se quedó solo dentro de su casa, desierta. Al caer la tarde viósele salir arrastrándose sobre las manos y las rodillas hasta el cementerio, y al llegar allí buscó la tumba más fresca y se sentó encima de ella. Al día siguiente estaba aún en aquel sitio, y allí permaneció todo

el día y toda la noche siguiente. Algunas almas caritativas le llevaban pan, pero él lo dejaba caer sobre la tierra removida. De esta manera pasó un mes en la tumba de Marión, como un ser privado de razón y de vida; estaba ya tan flaco y tan débil, que se le tomaba por un espectro.

Al cabo del mes la caridad pública se había entibiado, y se le dijo que sus dos pequeños y desgraciados hijos lloraban y pedían qué comer.

Pacífico se levantó erguido sobre sus piernas vacilantes y lanzó un grito horrible: vióse que el desventurado, transido de dolor, había olvidado hasta á sus mismos hijos. Volvióse á su casa y vendió todo lo que poseía. Cuando lo hubo vendido todo, incluso la cruz de plata de Marión, su esposa, los niños le pedían todavía pan.

Entonces Pacífico despertó completamente de su letargo; vió que era demasiado endeble y poco mafioso para artesano, y se sintió demasiado cobarde para ser soldado. El mismo me lo ha confesado todo. Acudió al castillo, y aunque el duque nuestro señor no es amigo de la gente de letras, dió hospitalidad á Andeol, sólo por no disgustar á su esposa, que le rogaba se la otorgase. Entonces fué cuando irrisoriamente se confirió á Pacífico con toda solemnidad el empleo de preceptor del niño Juan de Armagnac, que no tenía más que trece meses. En cuanto á los hijos de Marión, la duquesa cuidó de colocarlos en una casa de campo.

Al dejar la Gascuña el duque nuestro señor, el hermano Pacífico le siguió, como todos nosotros, y sus hijos fueron también trasladados á un albergue del arrabal de Arcueil.

Desde entonces acá Pacífico habita en el palacio de la Marche; profesa al joven duque una estimación tan profunda como si fuera su propio hijo, y, sin embargo, es probable que no hubiera perma-

necido por espacio de tanto tiempo en el castillo si poseyera medios con que alimentar á sus pobres hijos, y si la duquesa Isabel, que es un ángel, no hiciera cuanto está en su mano para dulcificar la desgraciada suerte de esa misera criatura.

He aquí terminada la historia.

—No es, en verdad, muy alegre—dijo el correo Nicolás, desahogando su fastidio con un suspiro prolongado.

Durante algunos momentos el relato había conmovido un poco el corazón de los soldados y servidores de Armagnac; Cathos había llegado á verter un raudal de lágrimas por la desgraciada suerte de la pastora Marión; pero todo eso duró cortos instantes. El hermano Pacífico era para todo el mundo un objeto de animadversión y de desdén. Nadie podía interesarse vivamente por él ni por las cosas que le atañían. Por otra parte, lo que deseaba la gente del mesón era reir y beber, ya que lo segundo podía hacerse gratis.

—¡Santo Dios!—prorrumpió Nicolás,—con todo eso podría componerse una balada capaz de hacer caer boca abajo al diablo en persona.

—Y eso que todavía—dijo con tono insinuante el arquero Marmarón—la tía Amapola no nos lo ha dicho todo.

Al oír estas palabras la mesonera dirigió una mirada de sorpresa sobre el que acababa de proferirlas.

—No os incomodéis, madrina—dijo con acento guasón el arquero.—Habéis olvidado solamente algún pequeño detalle. Acabáis de decir que el hermano Pacífico sigue en el palacio de la Marche por amor hacia nuestro duquesito y para ganar el sustento de sus hijos; pero yo conozco además otra causa de su permanencia en el castillo.

—¿Cuái? ¿cuái?—gritaron todos los concurrentes.

—¿Cuál?—repitió de buena fe la ventera.

—No falta quien tenga ojos observadores—añadió Marmarón.—No siempre el hermano Pacífico se entretiene en leer pergaminos ó en fundir metales. Acaso sea sólo porque la duquesa se parece mucho á la difunta; pero ello es que yo he creído notar que Pacífico la mira á veces con unos ojos...

Y mientras esto decía, hacía girar sus grandes pupilas dentro de las órbitas, remedando á un pescado moribundo.

En derredor de la mesa se desencadenó una tempestad de carcajadas, que la Amapola no consiguió calmar. Lo único que pudo hacer fué propinar dos puñetazos á su marido, que se reía también como un loco.

—¡Oh, oh!—gritaba Nicolás el correo, que estaba á punto de reventar de risa,—el hermano Pacífico suspira por la duquesa Isabel.

—¡Magnífico galán, soberbio trovador!—repetían los demás.

En medio de esta alegre algazara levantó la Amapola su voz y dominó el tumulto.

—¡Silencio!—dijo.—Ya que no tenéis piedad, tened al menos vergüenza. Hele aquí que llega.

La mano de Amapola designaba al pronunciar estas últimas palabras una ventana abierta, desde la cual podía distinguirse á mitad de la carretera á un personaje de elevada estatura, vestido á poca diferencia como un clérigo, quien andaba apoyándose en un largo bastón. Marchaba á la ventura, inclinándose ya á la derecha, ya á la izquierda, como si su cabeza desvanecida no tratara de dar dirección á sus pasos. Su raída sotana, cubierta completamente de polvo, dejaba salir dos largas y delgadísimas piernas. Nada cubría su cabeza, como no fueran los mechones lacios y desgreñados de su negra cabellera.

—Verdaderamente—dijo Nicolás—el tal pedagogo honra con su presencia la casa de Armagnac.

—Cuando uno es guapo—añadió Marmarón—no hay necesidad de ataviarse.

El pobre desdichado á quien aquella turba de criados y servidores trataba tan implacablemente acababa de llegar á la puerta del mesón.

—Entrad, hermano Pacífico—le dijo dulcemente la Amapola.

A estas palabras, la persona á quien iban dirigidas se detuvo súbitamente y miró con fijeza la casa. Era evidente para todos que únicamente la voz de la mesonera había dado á conocer á Pacífico en dónde se hallaba.

—¡Que Dios me perdone!—dijo Nicolás por lo bajo;—el pobre diablo llevaba trazas de no detenerse hasta llegar á la Normandía.

Pacífico dejó su cayado junto á la puerta y entró. Hasta aquí nada hemos dicho de su fisonomía, porque aquel rostro estaba casi enteramente oculto bajo los revueltos mechones de sus cabellos; pero en el momento de penetrar en la posada, el preceptor, con un movimiento maquinal de cabeza, arrojó hacia atrás su larga cabellera.

La gente de Armagnac tenía razón: aquel hombre era feo, pero la Amapola no había mentido tampoco; en un momento dado pudo haber sido bello, no precisamente como el correo Nicolás, sino con la hermosura triste, inteligente, íbamos á decir predestinada, que lleva consigo un sello de fuerza latente unida á un destello del infortunio.

Pero esa especie de belleza nos guardaremos bien de decir que el hermano Pacífico la poseyera normalmente; hemos hablado sólo de un momento determinado que podía haber puesto en combustión el brillo apagado de sus ojos y animar la amarga ri-

gidez de su sonrisa, irguiendo aquella frente abatida y marchita.

Era precisamente aquella mirada vaga, aquel sonreír triste é inmóvil y la ausencia aparente de ideas y de pensamientos lo que imprimía en la fisonomía del hermano Pacífico un carácter peculiar é indescifrable. Además de todo lo dicho, entrevelábase bajo aquella cabellera despeinada una cara larga, pálida, de acentuados rasgos que podían haber asegurado una naturaleza varonil y enérgica.

Pero si le hubierais visto entrar en la venta de la Amapola, con los ojos fijos en tierra y la frente humillada, habríais comprendido y adivinado los desdenes y los desprecios que desde su nacimiento le habían acompañado sin cesar. Era, en verdad, una criatura inferior é incompleta, uno de esos seres que cruzan la vida sufriendo la risa cruel de las gentes vulgares, cuya herida no llega á cicatrizar nunca la compasión de los pocos corazones buenos y generosos.

El hermano Pacífico, en lugar de dirigirse hacia la mesa, se sentó junto á la puerta en un banquillo cojo que casi le hizo caer al suelo. Esto produjo una nueva explosión de hilaridad y de burla.

Notad bien una circunstancia: en cualquiera parte que sea, si hay un asiento desigual y peligroso, es precisamente el que eligen siempre las personas apocadas, como el hermano Pacífico.

La Amapola hizo con el pedagogo lo que había hecho con los demás: acercarse á él con una jarra de vino en la mano. Jamás el pobre hombre mojaba sus labios con tal líquido, así es que al ofrecérselo la mesonera lo hizo por pura cortesía.

Pacífico levantó los ojos mirándola con fijeza, tomó la jarra y bebió su contenido con toda avidez. El concurso aplaudió calurosamente, y la Amapola, llena de sorpresa, observó al mirarle con mayor

atención que estaba más pálido y más postrado que de costumbre.

—¿Qué tenéis, Andeol?—le preguntó en tono de confianza.

Pacífico fijó en ella su mirada vaga y no respondió ni una palabra; un poquito de sangre coloreó ligeramente sus pómulos, imprimiendo en ellos dos rosetas del diámetro de un escudo.

—¿Sabéis lo que tiene?—dijo Orillón el pescador.—Lo que tiene es que quizá llegará á ser un hombre si aprende á beber.

—¡Cáspita!—añadió Nicolás,—ya que se vuelve tan arrogante, sería posible que hubiera ido en busca de aventuras al prado de San Germán.

Y una vez empezada la broma, aquellos alegres mocitos fueron diciendo pullas de mejor ó peor gusto.

Ordinariamente todos esos sarcasmos que caían como granizo sobre el pobre pedagogo parecía que chocaban contra una materia inerte. Jamás dejaba escapar un signo de impaciencia ni de cólera, limitándose después de un rato á cruzar sus largos brazos por detrás de la espalda y á retirarse lentamente con la cabeza inclinada sobre su pecho hundido. Pero hoy la Amapola, que le examinaba con interés, pues era un alma compasiva, podía descubrir en su rostro la fatiga interior que le devoraba; no sé si era la taza de vino lo que le había despertado, pero velábase claramente que oía, que comprendía las burlas y que su corazón destilaba sangre. A medida que la chacota iba en aumento, la respiración del hermano Pacífico se hacía más penosa y difícil; el carmín que se dibujaba en sus mejillas desaparecía á intervalos para renacer como grabado por un sello.

En un momento en que las destempladas voces de la soldadesca estallaban con mayor estrépito, el

hermano Pacífico se levantó como movido por un resorte y salió del rincón en que yacía. Deshízose con suavidad de la mano que la ventera le alargaba viéndole tambalearse á causa de su extraordinaria debilidad, y se dirigió hacia la mesa, en derredor de la que cesaron las carcajadas á la vista de aquella cara imponente y desolada. Colocóse enfrente de los bebedores, diciéndoles con una voz que ninguno de los circunstantes le había oído nunca:

—Amigos míos, no os burléis hoy de mí, os lo ruego, porque sufro mucho.

Esta voz parecía impregnada de lágrimas; un profundo silencio se produjo á lo largo de la mesa, y los valentones se miraron avergonzados y casi arrepentidos.

—¿Qué os pasa, hermano Pacífico?—preguntó Nicolás en un tono formal y sin la menor zumba.

Y todo el mundo repitió con ingenuidad:

—Hermano Pacífico, ¿qué tenéis?

Una lágrima se desprendió de los ojos del pedagogo mientras murmuraba comprimiendo sus sollozos:

—¡Tengo una gran pena! ¡Ah Señor, Dios mío, tengo mucho dolor! Para ayudarme á vivir y á sufrir tenía dos hijos pequeños que de vez en cuando podíá ver y besar en la humilde casa que les servía de asilo. Eran hermosos; ¡no puedo deciros cuánto les amaba! Cuando estaba con ellos me olvidaba de lo que soy y me sentía feliz.

Todos le escuchaban en medio de un triste silencio. De improviso dejó de hablar y una expresión de profunda amargura obscureció su semblante.

—Todo para los unos, nada para los otros—balbuceó con voz apagada; y añadió señalando con el dedo las almenas del palacio de la Marche, que se divisaban á través de la ventana:

—¿El niño que vive allí desde el día en que nació

ha vertido una sola lágrima? Es noble, es rico, es feliz. ¡Todo para los unos y nada para los otros!

La Amapola creía estar soñando, y los de la mesa cruzaban miradas de estupefacción. Nicolás apretó el brazo del arquero Marmarón, diciéndole:

—El cordero enseña los dientes, compadre. Ya sabía yo que sus dientes eran de lobo.

—¿Es posible que seáis vos quien esto dice, Andeol?—prorrumpió la mesonera.—¿Vos, que tanto cariño profesáis á Juan de Armagnac, nuestro futuro señor?

—¡Es verdad..., es verdad!—dijo precipitadamente el hermano Pacífico.—¿He dicho, por ventura, que yo no amara al niño Juan de Armagnac? Escuchadme: siento una pena muy grande, y sospecho que moriré loco. ¡Se llamaba María mi pobre hija, sí, María, lo mismo que su madre, á quien tanto amé! Era buena como su madre, y como su madre, hermosa. No tenía más que cinco años... ¿Qué se han propuesto hacer de una criatura tan tierna?

—¿Qué? ¿Han robado vuestra hija?—preguntó Marmarón, resuelto á ofrecer sus buenos servicios.

A lo cual añadieron los demás, impulsados por los mejores sentimientos:

—¡Es preciso buscarla, hermano Pacífico; ya os ayudaremos, contad con nosotros!

—¡Bien, muy bien!—exclamó la Amapola.—¡He aquí unos corazones honrados! ¡Pobre Andeol!, no te desalientes; la encontraremos y yo te la guardaré en adelante... ¡Vive Dios, que ha de andar listo el que intente arrebatármela!

Pero la cara del pedagogo permanecía igualmente aterrada á pesar de los generosos ofrecimientos que acababan de hacérsele. Sacudió con lentitud su cabeza, y dijo con aquella habitual y amarga sonrisa que había dejado ya impresas dos profundas arrugas á entrambos lados de su boca:

—Cuando se extravía el hijo de una persona rica, todo el mundo se mueve, todo el mundo corre, se le busca con afán, se le encuentra... Pero cuando se pierde de vista á los hijos de los pobres, las gentes se limitan á decir: «¡Ya volverán á parecer un día ú otro!»

La Amapola oyó una voz que murmuraba á sus oídos estas palabras:

—Os aseguro que su corazón está rebosando odio.

Esta voz era la del correo Nicolás, que habla dejado su sitio para colocarse al lado de la mesonera. El hermano Pacífico continuaba hablando.

—La primera noche—decía—en que se echó de menos á mi hija, pensaron en aquella casa: «Aguardemos á ver si viene mañana.» Viendo que al día siguiente mi pobrecita María faltaba aún, dijeron: «Aguardemos todavía un poco más...» Esto mismo han ido repitiendo por espacio de ocho días, y ni siquiera me han avisado, porque... hay que andar dos horas para ir desde los caseríos de Arcueil hasta el castillo. Cuando he llegado á la choza, cuando he sentido que mi corazón se oprimía, cuando he preguntado en dónde está mi hija.... entonces, ¡oh amigos míos, mis buenos amigos!, hacía ya más de una semana, ¡ocho largos días, que se ignoraba el paradero de mi María!

Cubrióse el rostro con las manos, y gruesas lágrimas cayeron á través de sus dedos enjutos. Todos los presentes estaban conmovidos. Todos buscaban una palabra de consuelo para mitigar aquel horrible dolor, y ninguno pudo hallarla.

—¡Vamos, hombre; valor!—dijo por último Marmarón llenando hasta los bordes su taza de vino. —Os queda un hijo, ¡qué diablo!

El pedagogo dejó caer sus brazos, y una sonrisa siniestra brilló en medio de las lágrimas que inundaban su rostro.

—¡Mi hijo!—murmuró;—sí, sí, es verdad, tengo un hijo. Y en cuanto á éste, por lo menos, puedo decir que está su suerte asegurada.

Estas últimas palabras parecieron un buen augurio para la gente de Armagnac, que empezaba á interesarse por los negocios del pobre Pacífico. Marmarón le ofreció su jarra llena de vino, diciéndole:

—Echad un trago, buen hombre, y veréis cómo se os mitiga la pena.

Pacífico, lo mismo que la primera vez, tomó la jarra con ambas manos y la vació de un sorbo con la glotonería propia de un gran bebedor.

Sus dedos temblaban y sus dientes castañeteaban al tocar el metal de la copa. Así que hubo apurado el último sorbo, irguióse completamente, y por la primera vez quizá, los circunstantes vieron hasta dónde alcanzaba su estatura.

—Mi hijo—prosiguió con una voz que súbito se volvió opaca—va á venir aquí esta noche y... será un niño dichoso. Se le ha dado un empleo en el castillo.

—¿Qué empleo es ése?—preguntaron los valentones.

—Hace un año—respondió el hermano Pacífico, —cuando mi señor cayó prisionero, trataba de colocar cerca del niño Juan de Armagnac otro niño de su tiempo, porque decía: «Cuando mi hijo cometa una falta, podrán zurrar al otro, á fin de que la justicia siga su curso.»

El caballero Guillermo de Soles, escudero de la señora, se ha acordado de esto y me ha dicho: «Ahora que Monseñor va á regresar, es preciso mandar venir al hijo que tienes ahí cerca, con el objeto de que sea castigado cuando nuestro futuro señor lo merezca.»

Esta vez los hombres de Armagnac, al unísono con la Amapola, exclamaron con toda su alma:

—¡Pobre criatura, pobre criatura!

El sol llegaba á su ocaso, fuertes pisadas de caballo se oyeror sonar en la carretera, y casi al mismo tiempo dibujóse delante de la ventana del figón la silueta de dos jinetes que cabalgaban á la par.

Los soldados y la servidumbre del castillo se abalaron á la puerta tratando de averiguar quiénes eran aquellos caballeros, y cuando volvieron á ocupar sus respectivos asientos observaron que el hermano Pacífico no estaba ya en el mesón y que se había escurrido sin que nadie notara su retirada. Solamente Nicolás dijo que siguiendo con la mirada la marcha de los dos jinetes en dirección de la Puerta de San Germán, había creído ver una gran sombra que se deslizaba á lo largo de las paredes de la ventana, sombra que luego cruzó la carretera y acabó por perderse entre los matorrales que bordeaban el camino.

V

EN EL FONDO DE LA SELVA

En tanto que el correo Nicolás entraba de nuevo en el castillo con sus compañeros, los dos desconocidos jinetes penetraron en un soto sumamente cerrado que se extendía desde San Germán hasta la cerca de San Sulpicio. Entrambos iban completamente armados y llevaban caídas las viseras de sus cascos, sin cuya precaución los hombres de Armagnac hubieran experimentado, con seguridad, gran sorpresa al ver que, á lo menos uno de los dos, había pasado sin detenerse por delante del puente levadizo del castillo. Efectivamente, uno de ellos era nada menos que Guillermo de Soles, escudero de la duquesa Isabel, quien regresaba del país de Noyon, adonde había ido á saber el desenlace del

proceso de Jaime de Armagnac. En cuanto al otro, se llamaba Tibaut de Ferrières, era de la servidumbre de la princesa Ana, hija de Luis XI, y Guillermo de Soles se había encontrado con él en el recodo del Prado de los Clérigos, cuando empezaba á tomar el camino del palacio de la Marche.

—Amigo Guillermo—le dijo el caballero de Ferrières,—cierra tu casco, pasemos á trote largo por delante de la residencia de tu señora, y lleguémonos á un sitio en donde hallarás personas que te conocen bien...

—¿Ocurre alguna novedad?—preguntó Guillermo.

—Ocurren novedades—respondió el de Ferrières.

Guillermo de Soles dejó caer la visera de su casco y cabalgó silenciosamente al lado de su interlocutor. A corta distancia de la puerta de San Germán la selva era tan frondosa y sombría que bien podía creerse cualquiera estar á veinte leguas de París; Guillermo de Soles y Tibaut de Ferrières ataron sus caballos al tronco de una encina al llegar á un punto en que ya no era posible andar más que á pie; después de algunos minutos de marcha detuviéronse en un pequeño claro ó plazoleta en el fondo del bosque, y en el centro de la cual podía distinguirse una cabaña de leñador medio arruinada y caída.

Tibaut echó mano de un cuerno de caza que llevaba colgado en la bandolera, tocando con él una señal convenida. A este aviso apareció de súbito por detrás de la choza un hombre vestido de cazador, de aspecto robusto, joven todavía y hasta bello si hubiera podido borrarle de su rostro cierta expresión de truhanería y de perversidad.

Una verdadera selva de negros cabellos, esparcidos formando bucles, caía sobre sus hombros; su cutis era trigueño y cálido, por decirlo así, como suelen ser los que alumbra el ardiente sol de Italia.

Asegurábase que con la espada en la mano el *signore* Vincencio Tarchino distaba mucho de ser un rayo de la guerra; pero se decía también que su mérito no era escaso cuando la pluma reemplazaba al acero. Componía sonetos maravillosos, romances, madrigales y hasta acrósticos; redactaba Memorias, confeccionaba arengas, y encontraba recursos de extraordinaria delicadeza cuando se proponía alterar ó falsificar cartas con el nombre de las damas más hermosas de la Corte.

Este tal individuo se dirigió con presteza hacia los que le llamaban.

—Si mi noble señor ha oído el sonido del cuerno —dijo,— vamos á tenerle aquí al instante. ¿El caballero de Soles viene directamente de Noyon?

—Directamente—respondió Guillermo.

Entonces el italiano se hincó de rodillas sobre el musgo que tapizaba aquel pradecillo, y después de acercar al suelo su oído, exclamó:

—¡Es mi noble señor!

Transcurrieron aún algunos momentos; después empezóse á oír rumor de hojas secas entre los matorrales, y á poco descubrióse, á favor de los postreros rayos del crepúsculo, el talle elegante y proporcionado de Olivier, señor de Graville, quien llegaba solo, en traje de guerra y con los arreos de un simple soldado.

—¿Ya se acabó todo, no es verdad?—dijo, sin pararse á responder al humilde saludo que le dirigió Tarchino.—Acaban de anunciarme que el cadalso se está levantando en la plaza del mercado, delante del cementerio de los Inocentes.

—Jaime de Armagnac, duque de Nemours—replicó Guillermo de Soles,—ha sido declarado reo del crimen de lesa majestad por sentencia del Parlamento, y condenado, por lo mismo, á ser decapitado en París antes de veinticuatro horas.

—¡Al fin!—exclamó Thibaut de Ferrières, y el italiano se frotó las manos en señal de alegría; sólo Olivier de Graville permaneció frío y preocupado.

—¡Vamos, señor mío, regocíjase!—le dijo Tarchino;—es verdad que, según un refrán de mi país, de la copa á los labios hay todavía camino que andar; sin embargo, todo el mundo desea ver la copa bien llena, y, si yo no me engaño, la nuestra rebosa.

—El rey va languideciendo...—murmuró el señor de Graville con voz sombría.

—Es cierto que el rey envejece; pero yo creo que empieza ya á aliviarse de los cuidados del gobierno, haciendo partícipe de ellos á su amada hija la princesa Ana de Beaujeu...

—Madama no ha sido nunca más poderosa que hoy lo es—dijo interrumpiendo á Tarchino el de Ferrières;—los que pretendan separarse de ella verán cuán caro les cuesta abandonar á una hija del rey de Francia.

—Os he dicho cuanto sabía—dijo Guillermo de Soles,—y yo me figuraba que tan luego como Monseñor el duque quedara irrevocablemente condenado, como lo está ya, no nos quedaba más tarea que la de repartirnos inmediatamente el botín. Por lo visto, me he equivocado; explicadme, pues, qué es lo que sucede.

—¿Es posible que alguien sea hecho duque de Nemours en este mismo momento?—preguntó Graville.

—Va marchando con su escolta, andan al paso, y yo me he adelantado de cuatro á cinco leguas por lo menos—replicó Guillermo.

—¡Perfectamente! Ya que el tiempo nos sobra—dijo Graville fatigosamente,—cuéntale á nuestro camarada cuanto desee saber.

Dichas estas palabras, que iban dirigidas al italiano, Graville volvió las espaldas. Tarchino,

30138

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO REYES"  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
No. 1625 MONTERREY, N.M.

necesidad de exordio alguno, empezó á hablar con sin igual desparpajo de esta manera:

—Mi distinguido caballero, como ahora mismo os decía, el rey se está haciendo viejo á todo escape. Para no disgustar á nuestro excelente camarada Thibaut de Ferrières, no insistiré en la idea de que el rey desconfía de Mad. Ana, por más que haya algo de eso en el fondo. Ayer el delfin Carlos, que Dios guarde y cure de la hipocondría que le agobia, acababa de cumplir los siete años, y el rey lo presentó, como es costumbre, ante el altar de Nuestra Señora, vestido con un traje nuevo de damasco azul, por ser éste el color de la Virgen María; y al reparar en el aire marchito y el talle desgarrado de Monseñor el Delfin, el rey ha llorado, os lo aseguro; lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con Jaime de Armagnac?—preguntó el Sr. Soles.

—Pronto vais á verlo si tenéis un poco de paciencia, mi querido señor. El rey ha orado doble espacio de tiempo de lo que acostumbra, y cuando ha salido del coro de la catedral ha dicho al duque de Borbón, que se encontraba cerca de él: «Querido primo, he ahí á un niño que será tan pobre de espíritu como de cuerpo. Si no fuera preciso tener barbas para empuñar el cetro de Francia, me iría muy tranquilo al otro mundo, porque mi hija Ana posee una mano más fuerte que la generalidad de los hombres; pero el niño Carlos es delfin, el niño Carlos será rey; ¿y no os parece, primo, que habrá necesidad de que su Trono esté por lo menos rodeado de guerreros valerosos?»

Y el de Borbón, que creía que á él iban dirigidas estas palabras—añadió Olivier de Gravelle acercándose,—dijo: «Opino en todo como Vuestra Majestad.»

Gravelle acentuó particularmente estos dos voca-

blos: *Vuestra Majestad*, dándoles un énfasis algo irreverente: Luis XI era el primer rey de Francia que exigía se le hablara con este tratamiento.

—A lo cual ha replicado el rey—prosiguió Olivier:—pues si dejo hablar á mi compañero Tarchino no vamos á concluir en toda la noche; decía que ha hablado en estos términos:

«¿No creéis, mi querido primo, que la buena espada de Jaime de Armagnac, duque de Nemours, haría un buen papel cerca del Trono del niño Carlos?»

Guillermo de Soles levantó la cabeza; para todo el que conociera el carácter de Luis XI, aquella simple frase era de inmenso valor. Guillermo de Soles era uno de esos ambiciosos vulgares que, á trueque de medrar, venden la fe y la honra, pero que vacilan incesantemente entre la rapacidad y la conciencia.

—¡Oh, oh!—dijo.—¿Es que los vientos empiezan á cambiar?

—Pierde cuidado, amigo Guillermo—repuso Thibaut.—Madama Ana será siempre Madama Ana.

—Y si los vientos cambian—añadió Gravelle,—sábremos manejarlos para que cambien demasiado tarde...

Hubo un momento de silencio, que fué interrumpido de súbito por el mismo Olivier de Gravelle.

—En resumen—dijo,—¿eres de los nuestros, Guillermo de Soles? Entiéndelo bien, ¿de los nuestros en cuerpo y alma?

—Vos me prometisteis el señorío de Pierrefitte—respondió el escudero traidor de la duquesa Isabel;—también el señorío de Peyroux-en-Foret, la laguna de Lassat y todo el país comprendido entre Saint-Laup de las Landas hasta la ribera del Vonise.

—Y te haré señor de todo eso.

—¡En el supuesto de que lleguéis á ser conde de la Marche!